Para citar o enlazar este recurso, use: http://hdl.handle.net/11191/7271

Reseña del libro: "El Mejoramiento Barrial. Revisión a la experiencia de la Ciudad de México"*

Blanca Rebeca Ramírez Velázquez
Departamento de Teoría y Análisis, UAM-Xochimilco
ORCID: https://orcid.org/0000-0001-6211-3914

* De la Torre Galindo, Francisco Javier y Pino Hidalgo, Ricardo Adalberto (2019) México: UAM-Xochimilco

 ISSN digital: 2448-8828. No. 27 enero-diciembre de 2020

El libro titulado *El Mejoramiento Barrial. Revisión a la experiencia de la Ciudad de México* es un ejercicio que documenta la experiencia de un programa y de los impactos que ha tenido en la urbanización de la ciudad. Sin embargo, la lectura de sus capítulos muestra que va mucho más allá de los objetivos con los que nació, ya que el repaso que hace de los diferentes aspectos que originaron y materializaron al programa, no sólo documenta o describe lo que se hizo, las acciones, sino que va más allá y evalúa un programa icónico de la Ciudad de México, define sus alcances, sus retos y marca claramente sus contradicciones.

El contexto en el que se enmarca el nacimiento del programa tiene tres dimensiones que no están explicitadas en el libro y que es necesario resaltar: primero, es sin duda un ejemplo de las nuevas formas de vinculación entre gobierno y ciudadanía posteriores al sismo de 1985 que impactaron el ejercicio de la política y de los programas urbanos de la ciudad. Segundo, este programa nace con un sello de posmodernidad neoliberal que se caracteriza por fragmentar procesos y particularizar acciones más que mirar hacia la generación del futuro utópico característico de la modernidad, y que pasa de la planeación de las ciudades para resolver u organizar sus problemas, al programa y la acción urbana aisladas del contexto general del desarrollo. Tercero, desde el punto de vista político de la Ciudad de México, el programa se inserta dentro del proceso de democratización de la ciudad que demanda otras formas de representación social y de la interacción entre el gobierno, la ciudadanía y la iniciativa privada. En el discurso actual, la participación ciudadana es un elemento clave para el desarrollo de la acción gobierno-territorios y de ahí el impacto que tiene hacia los barrios y los agentes que los componen.

Esas tres dimensiones le dan al programa un carácter particular que, como se acepta en el texto, en la actualidad tiene que enfrentar nuevos retos, diferentes de los que le dieron origen y mucho más complejos que al inicio (García: 53). El libro en su conjunto parte de un supuesto que es aceptado por todos los autores, que une a la mayor parte de las posturas ahí reflejadas: *El mejoramiento del espacio público regenera vínculos sociales deteriorados y favorece la creación de nuevas relaciones sociales.* De ahí surgen muchas contradicciones y problemas de diferente tipo que es preciso identificar y discutir. Más que describir lo que el texto dice, esta contribución pone algunas reflexiones, preguntas o dudas que surgieron de su lectura que se miran a partir de la postura de geógrafa crítica de la autora, interesada en la comprensión de la dimensión territorial de programas o de acciones gubernamentales.

El libro se compone de 15 capítulos que proporcionan una visión panorámica del programa desde diferentes perspectivas, componentes, dimensiones, contradicciones y retos, lo que lo hacen rico y diverso, y en donde se ve una nueva forma de accionar en la ciudad vista en fragmentos, olvidando la planeación integral urbana que se proponía desde los años de 1970. Un aspecto importante que vale la pena resaltar es la importancia que tiene el libro en su conjunto ya que, si se junta la bibliografía

que presentan cada una de las 15 contribuciones, éste proporciona un panorama amplio sobre el programa que reúne textos, algunos icónicos, y experiencias que contribuyen a documentarlo exhaustivamente desde su origen, la política a la que respondió y las condiciones de operación que el programa ha desarrollado a lo largo de la historia que tiene al momento.

En términos generales, hay diferentes formas de ver el programa en el texto: las que lo analizan; las que centran su atención en dar testimonio de sus resultados; las que lo tratan como caso emblemático y algunas posturas teóricas y criticas sobre el mismo. Una de ellas, más que explicarlo en sí mismo, lo contextualiza como un proceso complejo y amplio del movimiento del capitalismo en el país (De la Torre: 138). Visto así, el programa deja de ser una simple acción de un gobierno en particular para introducirlo como parte de las condiciones de reproducción del capitalismo neoliberal contemporáneo y lo posiciona en una nueva dimensión específica del contexto nacional.

Los testimonios operativos son muy ricos ya que son escritos por agentes directamente responsables de gestionar, dirigir, operar o plasmar las acciones del programa; muestran situaciones relevantes que no se conocen abiertamente; esclarecen la dimensión del origen social que el programa tiene y su vinculación con las políticas del gobierno de ésta integrando retos y características que dimensionan los cambios locales de la Ciudad de México que se presentan a 10 años de su origen e implementación (Bautista: 100). Otra de las riquezas que tiene radica en la posibilidad que dieron los coordinadores de proponer textos que vinculen política con programas y acciones urbanas para explicar la evolución y conformación de las transformaciones de la ciudad. El libro, como está estructurado, ayuda a entender la política urbana de la ciudad desde 1999; da elementos para entender la democratización que tuvo, para concluir con la situación actual, lo que dimensiona la relevancia de los procesos urbanos, agregando un valor adicional que lo hace instrumento importante para la docencia en cursos de urbanismo, planificación, sociología y geografía o antropología urbana.

Todos estos elementos pueden iniciar debates relacionados con la implementación de programas y acciones urbanas tendientes a mejorar las condiciones de vida social y urbana de barrios, pueblos o colonias de la ciudad. Se seleccionaron seis para continuar con el ejercicio de buscar una ciudad menos diferenciada y con mejor calidad de vida para los sectores populares que la componen; se resaltan al final algunos de los retos marcados en la lectura para disminuir las diferencias en la ciudad.

Primero, el concepto con el que nace el programa puede caracterizarse como polisémico al igual que el de espacio público, ya que ambos tienen varias significaciones y acercamientos, lo que los hace difíciles de manejar (De la Torre: 148). Si a eso se agrega que, para el programa y las diferentes posturas que se presentan en el libro, es lo mismo barrio, pueblo y colonia, la polisemia se incrementa pues no hay diferencia territorial entre estas entidades, ni instrumentos de organización instrumental que rijan su funcionamiento al interior de la ciudad, cuando en realidad sí los hay.

En un cambio de escala al nivel micro, también se confunde barrio, colonia, o unidades habitacionales con territorio, lo que genera una ambigüedad en el uso de los términos ya que, o bien con una categoría se quiere integrar todos los ámbitos de la ciudad en territo-

rio; o bien se hace lo contario, de manera que no se tiene claro ni en la política ni en la ciudadanía, cuál es el ámbito de acción específica que tiene el programa o el problema que éste quiere resolver. Por otro lado, hay quien afirma que estos lugares se estudian como entramados de valores y relaciones que encierran (Nájera: 37), con lo cual cabe preguntar si ¿todos los lugares y territorios presentan, valoran y reproducen sus relaciones de la misma manera?, si ¿el programa los integra como iguales a todos?, y si ¿cada uno de los barrios, las colonias, los pueblos, las unidades habitacionales, etc, entran de la misma forma a crear, organizar o moldear a la ciudad? Resolver estas cuestiones es de singular importancia para dar mayor precisión y énfasis al uso de los conceptos con los cuales se trabajan los programas y acciones para mejorar la ciudad, pero también para clarificar los alcances que la ciudadanía tiene para transformar sus entornos con los instrumentos particulares para hacerlo.

Segundo, si la visión de los conceptos es poco clara entre los autores de cada capítulo, también muestra el libro la existencia de miradas contradictorias y diversas, ya que el *Programa Ciudadano de Mejoramiento Barrial* aparece como expresión última de la participación ciudadana, pero también se dice que es el tercer momento de fragmentación y debilitamiento de las organizaciones sociales en su interacción con el gobierno (De la Torre: 145-146). A esta contradicción hay que agregar también que se califica como un discurso universalista de operación focalizada (citando a Delgadillo, 2012: 1); como un programa del voluntarismo y gratuidad que va de la mano de obra ciudadana; con una existencia inestable pues ésta depende del voluntarismo estatal; y con una gran imposibilidad de articulación entre los niveles de coordinación del programa. A las virtudes que se le atribuyen anteriormente, hay que agregar que aparece con el objetivo de eliminar desigualdades sociales en la ciudad a través del mejoramiento urbano local, creando poder ciudadano (Bautista: 105-106). Con todos estos objetivos y visiones que el programa tiene sería necesario hacer un balance real de su pertinencia, de sus alcances y de sus consecuencias máxime que, si a las anteriormente mencionadas se agrega que pretende terminar con las desigualdades de la ciudad, parecería que las metas que se propone no corresponden con los resultados obtenidos pues las desigualdades en la ciudad persisten, y lo que es peor, cada día se hacen más agudas y problemáticas.

Tercero, sobre el concepto de espacio, el programa, al igual que mucha de la literatura sobre el tema, adolece de una falta de definición y reconocimiento de lo que es el espacio público y el privado ya que la vivienda es lo segundo y por exclusión parecería que el espacio público, ámbito de acción del programa, es todo lo que resta de la ciudad, incluyendo las interfaces y fachadas, las calles, la infraestructura y hasta parques y jardines (García: 58). De esta manera, no se reconoce que cada una de esas partes, al igual que cada colonia, barrio o pueblo, entra de manera diversa y diferencial en la reproducción de la ciudad y son manejadas como si el espacio fuera homogéneo y se pudieran mejorar de la misma manera.

Al no reconocer las diferencias en el espacio, homogeneiza las necesidades, problemas y requerimientos de todos los lugares y sus agentes por el simple hecho de ser caracterizados como populares. Hay poca claridad también en el concepto de popular, en la forma como entra en los espacios que ocupa y en la manera como se inserta en los barrios, colonias

o pueblos a los cuales pertenecen los agentes populares. Cabe entonces preguntar ¿qué significa realmente ser popular?, ¿se confunde con pobreza o qué diferencia hay en los dos conceptos? Por otro lado, y agregando un punto más a las deficiencias del programa y a la manera como se usa y se habla de él, se puede afirmar que, tal y como está diseñado, impide ver las heterogeneidades barriales existentes en las 16 demarcaciones de la Ciudad de México y las ve como un conjunto homogéneo que tienen que solucionarse de la misma manera. El énfasis que se pone en el programa en la escala barrial no resuelve el dilema de la definición de espacios públicos, pues hay "carencia de visión global del problema" que pueda resolver las necesidades y deficiencias de la ciudad de manera integral (García Vázquez: 73).

El cuarto elemento de discusión está muy ligado con los problemas que se tienen en la definición de espacio y el de la escala. El programa acepta que, al incidir en lo local, los problemas de los territorios se resolverán con las acciones encaminadas a mejorarlos, asumiendo que lo local resuelve los problemas en sí mismo, máxime cuando está apoyado e implementado por los agentes que lo ocupan. Los ciudadanos así lo creen también y accionan con el programa y el gobierno para mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, y parafraseando a Carlos Vainer, se cuestiona: ¿cuál es la escala de planeación más adecuada para mejorar las condiciones de vida y el mejoramiento de los barrios? ¿Se puede hacer política barrial con los ciudadanos desde lo local? En esa lógica ¿la escala pertinente para hacer planeación es la misma que la de los programas y acciones urbanas? Al respecto, para la elaboración de planes y programas es necesario tomar una dimensión más dinámica del espacio y de la escala que permita la interacción adecuada de los niveles, actores y acciones de mejoramiento del barrio, con el fin de valorar realmente la dimensión y el alcance de la transformación que desde lo local puede hacerse de la ciudad. Una discusión de estos alcances es importante para valorar los impactos del programa y los cambios en la ciudad.

En la acción local aceptada, queda poco clara, además de fragmentada, la responsabilidad gubernamental del programa pues, como bien se dice en el texto, el diseño corresponde al gobierno de Ciudad de México, la puesta en acción corresponde al gobierno delegacional que sustituye al primero y revisa que se realice un gasto eficiente además de que las redes de solidaridad y protección funcionen (García: 63). ¿Y dónde entran y para qué los actores populares? Las escalas de los agentes y sus funciones quedan ocultas detrás de las declaraciones de los cambios que se producen en su interacción, sin que se esclarezca la responsabilidad de cada uno en el mejoramiento barrial y mucho menos en la transformación de la ciudad.

A lo antes mencionado, se agregaría que tanto al programa como a la escala de su acción se les atribuye un poder extraordinario para eliminar las desigualdades que se presentan en la ciudad. Con ello parecería que, si en los años setenta la escala de acción para eliminarlas era la regional ahora, después de la posmodernidad neoliberal, se eliminarán con un programa de índole local, suponiendo que la escala del territorio en sí misma define el alcance con la participación de la ciudadanía. Es preciso reconocer que la escala es importante para definir los procesos, los alcance y las dimensiones territoriales; es una dimensión del

espacio que permite ver la multidimensionalidad que tiene y permite, a través de la conjunción e identificación de sus actores, ver posibilidades de interacción entre ellos para llegar así a un objetivo específico, o bien para cambiar relaciones existentes en el espacio. Sin embargo, la escala no es la que define la relación y mucho menos el alcance del objetivo; sólo define la posibilidad y el tipo de relaciones territoriales y/o sociales o no.

Quinto, en la magnitud y propósitos del programa se percibe un giro en el interés del gobierno de la Ciudad de México para pasar de la planeación urbana a la generación de programas aislados y acciones específicas que justifiquen y orienten la política de ciudad (García: 65). Nuevamente es necesario recuperar la noción de escala dinámica para implementar un mejoramiento real de la ciudad ya que no puede existir una construcción de política de barrio (Nájera: 37) independiente y autónoma de la visión que se pueda tener de una ciudad en conjunto y sin decisiones de funcionarios públicos que las integren. Aquí no sólo es necesario reconocer la escala de acción de un programa, sino las que lo vinculan con otros agentes ubicados en otras escalas de la ciudad; estos son diversos y cambian de intereses y de actividades dependiendo de las condiciones y características de las relaciones con las cuales se cuente en la ciudad.

Sexto, existen problemas en la manera en que se manejan las relaciones de los actores en el programa. Con la lectura de los textos, parecería que los territorios se mueven en un sentido y los ciudadanos en otro, ya que, el gobierno de la Ciudad de México resuelve su necesidad de intervención con acciones parciales y concretas en algunos barrios, suponiendo que con ello genera mejor espacio público y restablece vínculos sociales deteriorados a partir de acciones arquitectónicas o de infraestructura vial, mientras que, los agentes populares creen ser mejores ciudadanos cuando ganan un recurso de mejoramiento a pesar de que sus condiciones de vida hayan cambiado poco de las iniciales. Esta dirección inversa de los agentes en lugar de producir mejores relaciones genera lo que se llamará aquí *esquizofrenia social* y no transformaciones espaciales o territoriales de las condiciones de vida en la urbe.

Surgen preguntas claves que hay que responder y discutir en conjunto para aclararlas: ¿Qué se necesita realmente para regenerar vínculos a través del mejoramiento de acciones urbano-arquitectónicas? ¿El mejoramiento barrial de verdad puede generar mejores ciudadanos en el neoliberalismo? ¿Cómo implementar un programa en donde las estrategias de agentes que se ubican en una misma colonia, barrio o pueblo son diferentes? (Romero, 128), y otras que alargarían mas la lista de pendientes que permitieran realmente evaluar un programa como el de *Mejoramiento Barrial*. A lo antes dicho hay que agregar que, a pesar de que una contribución en el libro habla de las teorías del trabajo comunitario, todas ellas son importadas y me pregunto si se adecuan en la implementación al trabajo que se requiere en una ciudad como la de México y si se pueden encontrar formas más locales y nacionales a partir de la experiencia de los barrios o de los ciudadanos para alcanzarlas.

Se manejan en el libro retos importantes que se requiere enfrentar para evaluar y mejorar un programa de transformación local y popular. Se resaltan algunos de los más importantes:

1. El programa carece de utopía sobre la ciudad. El mejoramiento de parques y el tapar baches de las calles es lo más que permite hacer, con lo que se fragmenta más a la ciudad, impidiendo ver la integralidad de la misma. Esto se incrementa si se parcializa cada vez más en pedazos, o bien ésta queda sumergida en las zonas que la componen o evitamos hablar de la dimensión que tiene ahora como metrópoli. Hacerlo así presentaría una utopía fragmentada que impide volver a la utopía de ciudad. Pero ¿de qué ciudad estamos hablando? Aquí hay problemas pues si bien se hace un llamado a volver a la utopía de la ciudad en general y de la utopía ciudadana, lo que parece muy loable, la manera de hacerlo se diversifica en posturas que se presentan entre los autores del libro que por razones teóricas son contradictorias: implícitamente se habla de la Heideggeriana que hace la utopía con la habitabilidad y la vivienda; la Lefevbriana, tan de moda en la actualidad, se hace con el tan vitoreado *derecho a la ciudad*; la de Harvey la construye integrando juegos de escalas; o la de Massey, que es la menos popular, que se hace a través de la conjunción de trayectorias y las geometrías del poder; y hay otras que no quedan plasmadas en el texto. La utopía es un reto importante y un debate ilimitado que habría que asumir respondiendo a ¿cómo se construye la utopía a partir de posturas tan diversas?

2. El programa aparece como una acción exclusiva de la Ciudad de México sin repercusiones metropolitanas o nacionales. De esta manera, si efectivamente contribuye al mejoramiento de la Ciudad de México y no se establecen programas similares en otras entidades aun las colindantes, incrementa las desigualdades con ellas o con otras ciudades, inclusive algunas del centro del país. ¿Cómo terminar con las desigualdades a partir de programas muy locales que no incrementen las diferencias con otros? Se requiere una evaluación del impacto que el Programa ha tenido en la construcción, modificación y adecuación de la realidad de la ciudad que pase de lo local a lo urbano, incrementando las diferencias con lo metropolitano (Martínez: 119).

3. El paso de programas y acciones fragmentadas a una política real de aceptación de la participación ciudadana para resolver los problemas diferenciales que se presentan en territorios diversos es indispensable. El programa lo genera el gobierno, pero lo aprueba y gestiona la comunidad. El diseño del programa está a cargo de la Secretaria de Desarrollo Social de Ciudad de México (Sedeso) y ¿la participación ciudadana queda sólo en las acciones y en la implementación? (Quesada: 80) y ¿dónde queda el cambio a partir de la acción ciudadana en el ámbito arquitectónico y urbano?

4. Queda un reto importante que tendría que responder a ¿quiénes son los especialistas técnicos idóneos para asesorar a la comunidad y al programa? ¿Cómo puede hacerse intersectorial, integral e interdisciplinario? (García: 73), en donde la vinculación entre la academia y el movimiento

ciudadano y comunitario tiene ya larga data de existir y diferentes formas en diferentes momentos de la historia urbana. Una evaluación de sus impactos, de sus virtudes y problemas, ahora que todavía están vivos muchos de los actores que desde diferentes trincheras han podido ejercer dicha vinculación, sería de gran utilidad para experiencias futuras.